

Villa y el futuro

Guillermo Calderón

Dramaturgo, guionista, director teatral y de cine
gcalderon@uc.cl

*Villa*¹ es una obra en la que tres mujeres discuten qué hacer con el centro de tortura y exterminio Villa Grimaldi. En la ficción, el directorio, compuesto por un grupo de sobrevivientes, no ha logrado acordar cómo rediseñar la Villa y les encargan a ellas tomar una decisión. Durante la discusión emergen tres posiciones imposibles de conciliar. Una es reconstruir la antigua casa, que fue demolida por la dictadura. Dos, construir un moderno museo de arte. Y tres, sacar los árboles y construcciones para plantar una pradera plana y perfecta de pasto corto que cubra todo el terreno. Este intenso debate busca pensar con el público cómo conviene recordar los crímenes y qué propósito tiene recordar. Las tres propuestas son justificables. Reconstruir la casa demolida permitiría entender más claramente cómo se torturaba y de esa forma intentar reproducir el horror. La Villa tomaría así una posición éticamente correcta porque las víctimas merecen que su sufrimiento sea descrito explícitamente. Por otro lado, la opción de construir un museo moderno, se argumenta, crearía un espacio para el arte, porque su lenguaje y la experiencia estética son los únicos medios que pueden aspirar a describir honestamente lo que ocurrió en la Villa, porque la condición fundamental de ese horror es que se resiste a ser descrito explícitamente. La tercera propuesta propone vaciar el terreno de la Villa para instalar una enorme cancha de pasto. Afirma que el horror de la Villa es, de hecho, irrepresentable y que el arte inevitablemente va a terminar transformándose en una experiencia estética banal y autocomplaciente. Por eso, propone, hay que crear un lugar vacío, abstracto, verde, y meditativo. Un espacio que permita que cada visitante pueda construir su propio horror. La simpleza del pasto busca poner la responsabilidad de la memoria, no en la Villa Grimaldi, sino en cada persona que la visite; cada persona en silencio, imaginando, y decidiendo su propio lugar en la historia.

Villa no concluye con una decisión clara, o mejor dicho, como dramaturgo busqué esconder la opción que yo habría apoyado. Sin embargo, cuando me lo han preguntado, he dicho que me inclino por reconstruir la casa de torturas. Pero también he respondido que la Villa Grimaldi es perfecta como está ahora, porque es un centro de memoria construido por sus sobrevivientes, que no siguieron un plan resuelto luego de una larga reflexión. Simplemente fueron avanzando de a poco, experimentando, mientras estaban sometidos al dolor inimaginable de volver a recorrer la Villa Grimaldi.

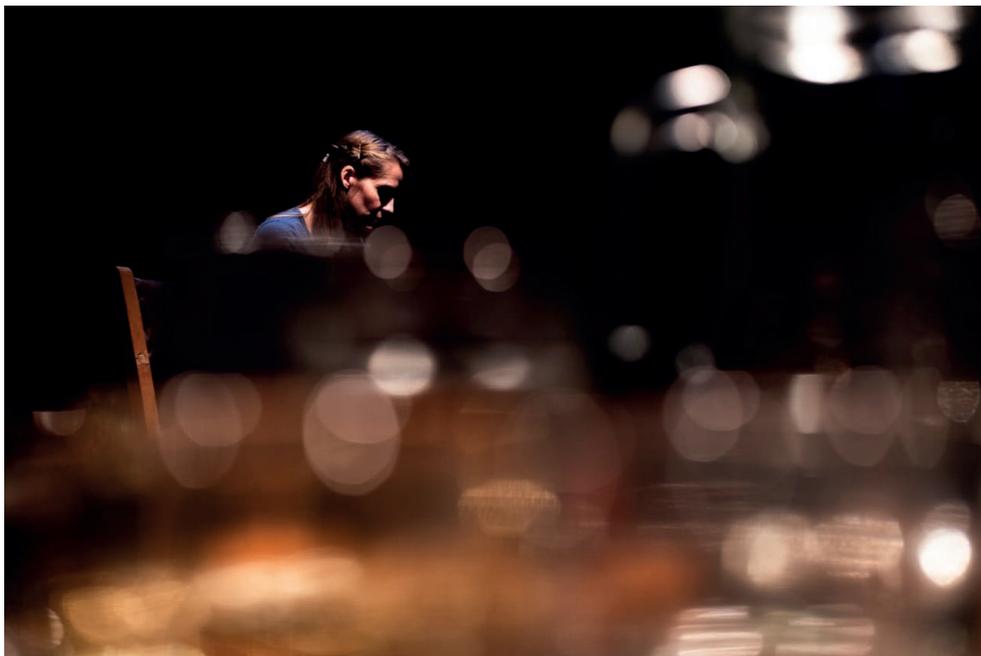
1 Escrita y dirigida por Guillermo Calderón. Elenco: Francisca Lewin, Carla Romero, Macarena Zamudio. Diseño integral: Fernanda Videla. Producción y asistencia de dirección: María Paz González. Coproducida por Fundación Santiago a Mil.



Villa, de Guillermo Calderón. Teatro UC. Año: 2023. Ciclo 50 años de la Memoria Fundación Teatro a Mil. Fotografía de Pola González.

Decidimos estrenar la obra *Villa* en Londres 38, otro centro de tortura y exterminio que está en el centro de Santiago. Usamos la sala más grande del segundo piso. Nos dijeron que ahí mantenían a todos los secuestrados, desde donde podían escuchar claramente las sesiones de tortura que ocurrían en las habitaciones contiguas. El lugar era interesante para presentar *Villa* porque le permitía al público visitar Londres 38, y seguir la discusión de cómo recordar la Villa Grimaldi desde un excentro de tortura que se hacía preguntas parecidas.

Antes de cada función invitábamos al público a recorrer la casa durante el intermedio. Naturalmente ese momento se convirtió en una exploración necesaria, solemne y silenciosa. El público abría puertas y examinaba salas estrechas y vacías. Algunas tenían tubos metálicos que emergían extrañamente de los muros. Quizás eran restos de un antiguo sistema de calefacción, pero era fácil imaginarse que eran restos de la tecnología de la tortura. También había hendiduras inusuales en la pintura y rayas profundas en el suelo de madera, huellas que parecían importantes, para ser investigadas por equipos forenses. Sin embargo la mayoría de las huellas del antiguo centro de tortura ya habían sido intencionalmente borradas. La forma de eliminarlas fue sórdida y, de alguna forma, cómica. Cuando la dictadura cerró Londres 38 transfirió gratuitamente la casa al Instituto O'Higiniano de Chile, una *Corporación de Derecho Privado sin Fines de Lucro*. Aparentemente los funcionarios de gobierno decidieron que este patético grupo de historiadores y militares retirados iba a ser el más indicado de borrar la historia de Londres 38. Lo cómico es que este Instituto O'Higiniano quedó para siempre manchado con la vergüenza de haber puesto sus escritorios, y sus comedores en salas de tortura. La mancha debería ser humillante, pero es un instituto compuesto por historiadores, y es posible asumir que varios, o todos, conocían la historia de la casa y que voluntariamente ayudaron a borrarla.



Francisca Lewin en *Villa*, de Guillermo Calderón. Fotografía de Pola González.

De hecho, quizás nunca hayan sentido vergüenza, sino orgullo. En el sitio web del instituto no aparece información de su década en Londres 38. Por lo tanto, si es que lo hicieron con orgullo, ahora el sentimiento es secreto.

Todo esto explica que, durante el intermedio de *Villa*, el público que recorría Londres 38 no estaba descubriendo los restos de un centro de tortura. Lo que estaba viendo, principalmente, era una oficina abandonada, todavía con algunos cables telefónicos, y sus murallas cubiertas con varias capas de pintura. Fue un acto lento de encubrimiento de las pruebas de los crímenes.

La segunda parte de la obra *Villa*, lo que justificaba ese intermedio, era, en realidad, otra obra, *Discurso*, en la que las mismas tres actrices de *Villa* se ponían la banda presidencial de Chile y hacían un discurso imaginario de la entonces presidenta Michelle Bachelet. Era un texto breve en el que la presidenta se defendía de ataques misóginos y sugería, veladamente, que quizás ella había sido torturada. En esa época Bachelet no había hablado públicamente acerca de haber sido detenida y torturada junto a su madre en la Villa Grimaldi. Entendíamos que no nos correspondía decir públicamente algo tan personal, casi todo Chile lo sabía. Además las organizaciones de derechos humanos esperaban con impaciencia que ella se definiera como torturada, además de hija de ejecutado político, para impulsar desde la posición de *Presidenta Víctima* la causa de la memoria, los juicios, las reparaciones, y la educación, para impedir que pudiera repetirse el horror. La presidenta estaba en la incómoda posición de ser la secuestrada más conocida de la Villa Grimaldi, pero se demoró años en hablar públicamente de su experiencia. Cuando lo hizo decidimos dejar de presentar ese *Discurso* después del intermedio.

La obra *Villa* siguió haciendo temporadas en otros lugares. Estuvimos en el Centro de Memoria José Domingo Cañas, en teatros, y finalmente la presentamos en la Villa Grimaldi,



Villa, de Guillermo Calderón. Fotografía de Pola González.

bajo un enorme toldo blanco. Fue una decisión difícil y seguramente equivocada porque en la obra una de las mujeres afirma que la Villa Grimaldi no debería convertirse en un lugar para presentar espectáculos porque eso iría en contra de la integridad solemne de la Villa. No fuimos consistentes con nuestra propia posición, pero agradecemos la voluntad de la Villa Grimaldi para acoger los cuestionamientos planteados en nuestra obra.

Quizás nuestra temporada más larga fue en el Museo de la Memoria, una institución que es el legado más visible y simbólico de Bachelet en el tema de los derechos humanos. Es un edificio grande y moderno que permitió consolidar en el país la importancia de recordar los crímenes. Además, de alguna forma, el flamante museo cambió la forma de ejercer esa la memoria. Ya no se trataba solamente de rescatar casas demolidas o testimonios ocultos. Ahora se podía hacer una nueva memoria, asociada culturalmente a la tecnología de un edificio nuevo, alto, que además podía contener obras de arte.

Nos interesó presentar la obra ahí porque, en una parte, *Villa* justamente cuestiona la existencia de ese museo. Un personaje afirma que *como no nos dieron justicia nos dieron un museo de arte moderno*. La idea es que el museo es un acto de justicia simbólica para consolar a la gente que no recibió ni justicia ni reparaciones. Pero, a pesar de su importancia, la memoria no es justicia. Además, la curatoría del museo tomó decisiones cuestionables, como construir y exponer una cama de tortura conectada a cables eléctricos. El problema es que la artificialidad de esa reproducción banaliza la realidad de la tortura, algo tan inimaginablemente horroroso que se resiste a ser representado.

A pesar de todo, ahora pienso que el proyecto que justificaba la obra *Villa* fracasó, porque el esfuerzo colectivo de exponer los crímenes de la dictadura y la reflexión acerca de cómo



Villa, de Guillermo Calderón. Fotografía de Pola González.

recordarlos no logró cruzar la línea imaginaria que encierra al arte. La prueba está en que hace muy poco tiempo vimos cómo se repitieron los estados de excepción, la tortura, los asesinatos y los crímenes de las instituciones de seguridad. Fue particularmente doloroso ver todo esto justificado y apoyado por los organismos de la democracia. La verdadera conmemoración de los cincuenta años del golpe ocurrió en el estallido social, y fue una demostración de la libertad que tiene el Estado para disparar a matar.

Sin embargo, tenemos que insistir en el teatro porque es lo único que tenemos. En estos días he pensado hacer una segunda parte de *Villa*. Hace poco me interesó descubrir que el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos todavía define su misión como “Dar a conocer las violaciones sistemáticas de los derechos humanos por parte del Estado de Chile entre los años 1973-1990, para que a través de la reflexión ética sobre la memoria, la solidaridad y la importancia de los derechos humanos, se fortalezca la voluntad nacional para que Nunca Más se repitan hechos que afecten la dignidad del ser humano”. Si esa era su misión, entonces fracasó absolutamente. Los hechos que afectan la dignidad del ser humano se repitieron interminablemente ante las cámaras en 2019 y 2020. Los crímenes también se repitieron. El Museo de la Memoria y su cama de tortura falsa no sirvieron de nada porque en vez de Nunca Más, el país fue sometido a un Otra Vez.

Mi idea para la nueva obra es la siguiente. En la ficción el directorio del Museo de la Memoria ha renunciado porque fracasaron en cumplir su misión. Como última medida encargan a tres mujeres, las mismas de *Villa*, que redacten una nueva misión para el Museo de la Memoria, algo actualizado que les permita seguir existiendo. Entonces las tres mujeres se juntan en el subterráneo del museo para discutir tres posiciones distintas. Una, que la nueva misión sea honesta

y que afirme que el museo se convertirá en un *Museo de la Memoria de las Violaciones a los Derechos Humanos que Ocurrieron en el Pasado y las que Vendrán*. De esa forma no quedarían atadas a un Nunca Más imposible de lograr. La segunda posición es que la misión elimine toda referencia a la dictadura y que se convierta en un museo de los crímenes de la represión del estallido social. Eso le daría urgencia y lograría convocar a un público más joven, que es el que ahora más necesita memorializar su propio trauma. La tercera posición sería partir por quemar la falsa cama de torturas, y transformar el Museo de la Memoria en el Instituto del Ojo. Un hospital para la gente que perdió un ojo, o los dos, en el estallido. Para la gente que fue torturada y abusada. Para la gente que respiró litros y litros de Clorobenzilideno Malononitrilo. Y para la gente a la que le rompieron el corazón.

Es posible que la escriba, pero no estoy seguro. La historia de estos edificios sigue cambiando y quizás debería esperar. Por ejemplo, durante el estallido social, Londres 38 se convirtió en un hospital de campaña para atender las heridas de la gente que protestaba. Poco tiempo después, justo antes de la cuarentena, la Villa Grimaldi acogió el enorme funeral de Mariano Puga, el emblemático y querido cura obrero. Londres 38 y la Villa Grimaldi siguieron avanzando y resolviendo su forma de hacer memoria, abriéndose a participar en la historia, dejando que la vida las transformara. Este podría ser un perfecto nuevo texto final para la obra *Villa*. Pero no lo puedo cambiar. No sería honesto. Además creo que ahora es más urgente hacer memoria para imaginarse el futuro.